



Portada de la revista.

Extra Voz: el patrimonio gallego que está en la lista roja

REDACCIÓN / LA VOZ

La revista Extra Voz, que se entrega mañana gratuitamente con el periódico, lleva a su portada y a sus primeras páginas un reportaje en el que se muestran algunos ejemplos del patrimonio gallego que están en peligro, según el catálogo de 8.000 bienes elaborado por diversos colectivos gallegos. Según los expertos, 56 tesoros de nuestro pasado necesitan una intervención urgente para no acabar en la ruina.

El magazine dominical de La Voz también se ocupa de la moda del *running* y de los maratones, que en las últimas fechas han mostrado su cara más peligrosa. Extra Voz ofrece un amplio trabajo de información con las principales pautas de preparación que debe atender quien desee participar en una prueba con cierta exigencia.

Extra Voz, como es habitual, presta especial atención a las novedades del motor y a la crónica social, de la mano de Josemi Rodríguez Sieiro y Pablo Portabales.

El mejor retratista bajo el océano

El fotógrafo submarino David Doubilet expone 100 imágenes en A Coruña

RODRI GARCÍA

A CORUÑA / LA VOZ

Vive en el Finisterre del estado de Nueva York, en una pequeña localidad a orillas del río San Lorenzo, «y la frontera con Canadá está como al final de esta sala». Esto explicaba ayer David Doubilet (Nueva York, 1946) en el Kiosco Alfonso de A Coruña. El considerado como mejor fotógrafo submarino del mundo expone en dicha sala un centenar de sus fotografías, una retrospectiva de su obra que lleva por título *Océanos*. La muestra forma parte de las actividades del Festival Mar de Mares y del proyecto europeo Sea for Society.

Junto con Jennifer Hayes, bióloga, periodista y compañera inseparable en todas sus expediciones, Doubilet explicó anoche en la Domus el origen de algunas de las imágenes expuestas y otros aspectos de su trabajo. «Los peces odian que les hagan fotos y por eso tenemos muchísimas del trasero de muchos y de sus aletas», apuntaba Hayes, con una sonrisa. Pero «hay momentos en los que todo queda en calma, especialmente en el caso de los mamíferos marinos (...). Tenemos que esperar por ese momento y estar preparados; en nuestro caso somos más retratistas que paparazzis porque hay que tener en cuenta la luz, intentar ver las emociones: en la cara de un pez frío hay muchas emociones». Y concluía, «los peces tienen su personalidad, unos son más alegres y otros más huraños, es muy divertido conocerlos».

«Hay casos de suerte —apuntaba Doubilet—, como esta beluga (una de las fotos de la exposición) que es una imagen muy

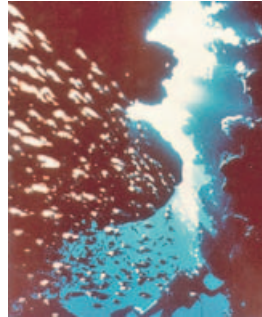


Del océano al espacio. Jennifer Hayes y David Doubilet ante una de las imágenes que exponen en el Kiosco Alfonso, en A Coruña. Abajo, foto de Doubilet incluida entre las 115 que muestran la raza humana y la biodiversidad de la Tierra y que viajan a bordo de la nave «Voyager», lanzada al espacio en 1977. CÉSAR QUIJAN

importante porque ayer mismo (por el jueves) se sabía que el Ayuntamiento de Montreal acaba de arrojar residuos al río San Lorenzo y, aunque están a unos 120 kilómetros, les van afectar a esta especie». Y es que Doubilet y Hayes argumentaban: «Si queremos conservar algo, primero tenemos que conocerlo y después amarlo». Por ello, «nuestro trabajo puede ser muy sutil, pero muy poderoso: hay una nueva ética en la fotografía que tiene una influencia muy importante; hablando de ballenas o de meros gigantes, hay una necesidad de utilizar el poder emocional de esas imágenes».

Un foto para la eternidad

El fotógrafo explicó como una de sus imágenes está navegando



por el espacio: «Carl Sagan hizo un proyecto que se llamaba *Las memorias de la tierra* y que consistía en recopilar 115 imágenes en un disco de oro que se supone que durará mil millones de años en el espacio a bordo de la nave *Voyager*, lanzada en 1977.

La mía fue una de las fotos seleccionadas; está tomada en el Mar Rojo, donde hay un submarinista en una cueva... Para mi y para mi compañera el océano es la mejor parte de la Tierra». En esta línea argumentó: «Mi deseo es tirar de esa superficie que cubre el océano y mostrar lo que hay debajo para poder abrir los ojos, las mentes y los corazones de las personas para que sepan lo que significa el océano, que es la máquina que impulsa nuestro planeta que es frágil y finito».

Doubilet lleva más de 40 años haciendo fotografías y, según apuntaba Silvia Oviaño, una de las organizadoras del Festival Mar de Mares, «es el que más reportajes ha publicado en *National Geographic*, muchos de ellos en portada».

EL ZAGUÁN DEL SÁBADO Doktor Pseudonimus

Recuerdo de un apagón en un quirófano (1)

Sucedió hace ahora exactamente medio siglo. En el ranking mundial de la cirugía oftalmológica los tres primeros puestos tenían nombres españoles. Hermenegildo Arruga e Ignacio Barraquer en Barcelona. Ramón Castroviejo en Nueva York. Aún eran tiempos en los que el éxito y la fama de un cirujano dependían sobre todo de la habilidad de sus manos, de la rapidez de sus reflejos y de la intrepidez de su temperamento. De aquellas tres hachas que exigía el imperativo anglosajón: Hands, Heart, Head. Dependían también, que todo hay que decirlo, de una astuta puesta en escena del gran cirujano como taumaturgo o *prima donna*. El cirujano-estrella era algo así como la encarnación moderna del mito de superman. De joven Castroviejo había jugado al fútbol

en el Logroñés y participado en unas olimpiadas como lanzador de jabalina. Ahora estaba en el apogeo de su fama como cirujano y como personaje. Maestro innovador en la cirugía de la catarata y primera autoridad mundial indiscutible en el trasplante de la córnea. En el Upper East Side de Manhattan había comprado una enorme y antigua mansión señorial y la había convertido en una clínica moderna hecha a su medida. Muy cerca del Solomon Guggenheim Museum, esa maravilla arquitectónica debida al genio de Frank Lloyd Wright. A la clínica acudían gentes de todas partes del mundo y de muy variada condición. Desde magnates y jefes de Estado a gentes del común, especialmente emigrantes españoles y sudamericanos a los que don Ramón dedi-

caba especial atención.

Invitado y becado por el propio Castroviejo, allí llegué yo una fría mañana del mes de octubre de 1965. En la clínica la mañana se dedicaba a la exploración de los pacientes. Explorar supone preguntar, escuchar, mirar y volver a preguntar. Y si se quiere evitar el patinazo en el diagnóstico, dedicar unos momentos a la duda. Darle vueltas en la cabeza a lo que has visto o escuchado. Para un cirujano nato eso solía ser algo así como perder el tiempo. El ámbito propio de la cirugía es el de los hombres de acción. Aquellos que son capaces de transformar la realidad con sus propias manos. Castroviejo delegaba esa tarea a sus ayudantes. Lo que realmente le interesaba era saber si aquello que traía al enfermo a la clínica

se podía o no se podía operar. Su patria era el quirófano. Era allí donde gozaba y se transformaba. Las sesiones empezaban a las tres en punto de la tarde. Don Ramón presumía de operar con pinzas, tijeras y cuchillas diseñadas por él mismo, cosa que era cierta. Para ver mejor se valía de unas simples lupas y nunca le vi utilizar el microscopio operatorio. Operaba siempre con anestesia local y durante la intervención hablaba con el paciente y con los asistentes. Cuando el paciente se quejaba, don Ramón se incomodaba y le reñía. En castellano o en el inglés macarrónico que aún hablaba después de haber vivido más de treinta años en USA.